

LA REVISTA «PHASE», UN ITINERARIO PASTORAL

Pere TENA

INTRODUCCIÓN

La solicitud y eficacia del nuevo director de *Phase*, Jaume Fontbona, y del nuevo Jefe de redacción, José Antonio Goñi, acaban de regalarnos puntualmente, al final del año 2010, el núm. 300 de la revista. Es un magnífico testimonio de todo lo que han sido los 300 fascículos, año tras año, tema tras tema, autor tras autor. Al tomar en las manos este fascículo, y leerlo –cuando la vista puede alcanzar el tamaño de la letra, hay que decirlo todo- se siente una grata impresión: he aquí un camino recorrido con sentido durante cincuenta años, un trabajo realizado en equipo, a distintos niveles, por muchas personas. Se advierte el cumplimiento de aquél título –un poco *naïf*, si se quiere- que daba un servidor a la editorial del primer número del *Boletín de Pastoral Litúrgica*: «*Procedamus in pace*». Empezábamos el camino exactamente el año 1961, y hemos llegado hasta aquí «*in pace*». No es el final, sino una etapa; ya tenemos en nuestras bibliotecas el fascículo 301, ¡la cosa va adelante! Y no es necesario expresar cómo deseamos que la revista continúe este camino, con otros que siguen la misma procesión, en esta sucesión de generaciones que es la historia.

A un servidor se le pide ahora y aquí ofrecer una reflexión sobre este fascículo 300. Es tanto como exponer el sentido de un trabajo que me ha ocupado personalmente desde el año 1961 hasta el año 1987. A decir verdad, no solamente a mí, ni quizá a mí más insis-

tentamente. El magnífico artículo que publicó Joaquim Gomis en el fascículo 293, quinto del año 2009, con el título «Los colores de *Phase*», manifiesta que otros podrían hacer lo mismo, y con más conocimiento de causa si cabe. Pero, con su permiso, me encargo de ello gustosamente, siguiendo el lema que figura en el programa: «La revista *Phase*, un itinerario pastoral». Voy a desarrollarlo en dos puntos: el primero, sobre el objeto –el itinerario de la revista misma–, el segundo sobre el sujeto –las personas que han estado y están sosteniendo la revista, los itinerantes–. Tanto el objeto como el sujeto han caminado y caminan en paz.

1. EL ITINERARIO DE LA REVISTA

No creo que haya nadie que empiece la publicación de una revista con la única vocación de imprimir papel y ofrecer volúmenes para llenar progresiva e irremisiblemente estanterías de biblioteca. Desde luego, la revista *Phase* no empezó con esta vocación. Me gusta pensar, y estoy convencido de ello, que nació del sentido de Iglesia, de la vocación de ayudar la vida litúrgica, y que su itinerario ha sido, ni más ni menos, que el de la Iglesia durante estos cincuenta años. No fue por casualidad que el primer artículo publicado en la revista es una conferencia del querido canónigo Martimort sobre la pastoral litúrgica en el conjunto de la pastoral de la Iglesia. Sus afirmaciones resuenan –ésta es nuestra intención– a través de los años en las páginas de *Phase* como si fueran el tema básico de una sinfonía. Ésta es la primera y, para mí, fundamental observación que hago sobre el contenido reflejado en el número 300. Esto sólo ya bastaría para justificar el título que utilizamos en esta ponencia: un itinerario pastoral. ¿Cual es el adjetivo propio del itinerario de la Iglesia, sino «pastoral»? En un texto bellísimo, el Concilio Vaticano I, al principio de la Constitución *De Ecclesia*, sitúa la Iglesia como mediación querida por el «*Pastor aeternus et episcopus animarum nostrarum*» para hacer perenne el «*salutiferum redemptionis opus*». Es la explicación del adjetivo en su más alto sentido.

En el año 1961 se había ya anunciado el Concilio Vaticano II. Antes, (1947) se había publicado la decisiva encíclica de Pío XII, *Mediator*

Dei. Antes todavía, hubo el despertar de la oración de la Iglesia con Dom Guéranger, el movimiento litúrgico con Dom Beauduin, el Congreso de Montserrat del 1915, el despertar de la Iglesia en las almas anunciado por Guardini (1922), el ambiente parroquial de renovación litúrgica, la excepcional vida litúrgica del Seminario de Barcelona en los años cuarenta, el contacto con el Centro de Pastoral Litúrgica de París... Los que empezamos el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona y la revista *Phase* somos hijos de esta historia, paralela por otra parte a otras historias personales, que muchos de los aquí presentes, desde circunstancias parcialmente distintas, pueden igualmente describir. Durante los años cincuenta se habían sucedido una serie de iniciativas que anunciaban ya la reforma litúrgica general: la Vigilia Pascual en 1951, la Semana Santa en 1956, la Instrucción sobre Música y Liturgia en 1958, y el *Codex Rubricarum* de Juan XXIII en 1959. En diversas Iglesias del mundo, recogiendo la indicación de Pío XII en *Mediator Dei*, se publicaban Directorios para organizar la participación activa de los fieles en la misa. En la diócesis de Barcelona se publicó un Directorio el año 1958, como fruto del Congreso litúrgico diocesano del año 1956. Todo esto suponía un trabajo pastoral intenso, y un trabajo claramente de pastoral litúrgica. El anuncio del Concilio, a principios del 1959, no hizo sino encender más todavía el esfuerzo y la esperanza.

En este contexto se comprende el modo como *Phase* apareció en escena. El Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona, cuyos miembros habían colaborado intensamente en el citado Congreso y en la confección del Directorio de 1958, creyó adecuada la publicación de un *Boletín de pastoral litúrgica* que hiciera de una forma permanente el servicio de fomentar y ayudar a la pastoral litúrgica. El contenido de los dos primeros volúmenes (1961-1962) se explica a partir de esta idea. He señalado, en la editorial del núm. 300, que estos dos primeros volúmenes contienen como en germen todos los campos de lo que posteriormente han sido las publicaciones del Centre de Pastoral Litúrgica. Los dos primeros años del *Boletín* se publican con moniciones y esquemas de homilías para la misa dominical y los sacramentos, cantos en lengua vernácula, orientaciones para el año litúrgico y para la piedad popular, explicación de la rúbricas,

comentario de textos esenciales de la liturgia romana, información sobre la preparación del Concilio, y estudios teológicos y pastorales relacionados con la liturgia. El canónigo Martimort y el P. Bugnini, dos grandes personalidades de la renovación litúrgica, aparecen como autores en los núms. 1 y 3 de la revista. La intención inicial explica también que los escritores de la revista fueran, durante estos dos primeros años casi exclusivamente sacerdotes de la diócesis de Barcelona.

Con el tercer año, 1963, no solamente se inicia un nuevo título de la revista –aparece el nombre *Phase*, acompañado del original subtítulo: *revista de pastoral litúrgica*–, sino que se orienta hacia una mayor especialización. Un cierto mimetismo con el Centro de Pastoral Litúrgica francés nos hacía pensar ilusionadamente en una revista que se acercara a *La Maison-Dieu*. Digamos sinceramente que siempre hemos reconocido esta revista como «*semper maior*». Este crecimiento especializado condujo espontáneamente a la formación de un consejo de dirección para la revista, que agrupara casi todos los especialistas en liturgia más destacados de todo el ámbito español en aquél momento.

Al final del año 1962 se había celebrado ya la primera sesión conciliar, en la cual –como es sabido– el primer debate versó sobre la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, y casi *in extremis* se aprobó por la asamblea el capítulo I. El primer número de *Phase* de 1963 está dedicado totalmente al Concilio, y en primer lugar, a «Los principios generales de la reforma litúrgica aprobados por el Concilio», con un comentario tan autorizado como el del padre Vagaggini. Los temas de los fascículos restantes del volumen son significativos: El misterio pascual, La Iglesia de los pobres, La confirmación, Los salmos, la Palabra de Dios.

Desde este momento, la revista sigue paso a paso el itinerario de la renovación litúrgica. El año 1964 empieza con la publicación en bilingüe y con notas de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*. Fue la primera revista que lo hizo, con una cierta alegría juvenil, hay que reconocerlo. Y así va siguiendo, con la publicación de la primera Instrucción para la aplicación de la Constitución, y otros documentos, y las crónicas de las actividades del *Consilium ad*

exsequendam Constitutionem de sacra Liturgia. En este mismo año, el *Consilium* organizó una reunión en Roma, a la cual invitó las revistas de liturgia y de pastoral de todo el mundo, *Phase* entre ellas. Allí, el cardenal Lercaro marcó con claridad lo que convenía fuera el rumbo de aquellas publicaciones: explicar la reforma litúrgica, ayudar a su comprensión y aplicación, en vistas a conseguir una verdadera renovación litúrgica. Fue como un envío en misión, y así lo asumimos. Se trataba de explicar, ante todo, los «*altiora principia*» del capítulo primero, pero también de dialogar, muy pronto ya, con los que empezaron a poner problemas de lenguaje ante las traducciones y el uso de la lengua vernácula, de analizar y proponer respuestas a la organización de los estudio teológicos en relación con la liturgia, de seguir de cerca el problema clásico de la evangelización y los sacramentos, y de clarificar ideas con los que hicieron una hermenéutica de ruptura de la Constitución *Sacro-sanctum Concilium*, hablando sin más de una «nueva liturgia».

Una de las cosas que, al cabo de cincuenta años, alegra ministerialmente es comprobar en el índice del núm. 300 que se puede trazar perfectamente una historia de la vida de la Iglesia siguiendo cronológicamente el contenido de los 300 números. Es como una confirmación de que el itinerario ha sido correcto. De esta manera aparecen los trabajos del *Consilium*, las repetidas Instrucciones de los primeros años para orientar la aplicación de la reforma y alertar sobre los abusos, las Instrucciones «mayores», como *Eucharisticum mysterium*, los distintos rituales que iban apareciendo, con sus particularidades, y así prácticamente hasta el año 1973, con la publicación del *Ritual de la Penitencia*, que, en cierta manera, cerró una etapa del trabajo de la reforma de los libros. Pero aparecen también los temas fundamentales que tienen que estar siempre presentes en la pastoral litúrgica: la Palabra de Dios con sus resonancias en la homilía, la Eucaristía y los otros sacramentos, el domingo y el año litúrgico, la vida espiritual y la formación litúrgica, las cuestiones pastorales generales, la atención a los jóvenes, y más allá de lo estrictamente litúrgico se tratan temas que venían de la actualidad: el impacto de la teología de la «muerte de Dios», la situación del mundo actual, las comunidades de base... En la reforma litúrgica no todo han

sido facilidades, ni para las personas que han trabajado en ella, ni para los resultados. También esto queda testimoniado en *Phase*. Lo primero resuena en una editorial del año 1977, titulada «El silencio del cardenal Lercaro»; lo segundo tiene su exponente más clamoroso en el largo contencioso con monseñor Lefebvre y la llamada «misa tridentina». A ello dedicó *Phase* un fascículo muy completo, el año 1977; posteriormente, el tema del *Motu proprio Summorum Pontificum* ha sido tratado en *Phase* con detención, y recientemente se ha vuelto sobre el tema del *Misal* del 1962 comparado en el *Misal Romano* típico vigente.

Nos alargariamos innecesariamente siguiendo todo lo que ha sido el último cuarto del siglo xx y el primer decenio del xxi directamente en materia de renovación litúrgica: publicación de libros litúrgicos y afines, nuevas ediciones típicas de los *Rituales de Matrimonio* y de *Ordenaciones*, las Cartas apostólicas de Juan Pablo II sobre el vigésimo quinto aniversario de *Sacrosanctum Concilium*, sobre el día del Señor, sobre la Eucaristía. Basta con reafirmar que difícilmente podríamos señalar un hecho destacado de la vida de la Iglesia que no haya tenido eco en las páginas de la revista. Pienso en el II Sínodo extraordinario de los Obispos, en 1985, tan iluminador para la renovación litúrgica; en la restauración del diaconado, en el *Código de Derecho Canónico* del año 1983, en la inauguración del Instituto Superior de Liturgia de Barcelona del año 1986, en los Congresos litúrgicos de Montserrat (los años 1965 y 1990), en el *Catecismo de la Iglesia católica* del año 1992, en el año mariano del 1987, en el año de la redención de 1983, en el gran Jubileo del 2000, en los Simposios de *Phase* (para el núm. 100 el año 1977, para el núm. 200 el año 1994)... Pienso en el beato papa Juan XXIII y en Pablo VI, en Juan Pablo I y en el próximamente beato Juan Pablo II, y finalmente en Benedicto XVI. Especialmente, sin embargo, me gusta referirme al proceso de los diálogos ecuménicos, algunos más oficiales, otros officiosos, con sus documentos respectivos; todos han tenido en la revista una presencia asegurada, comentada por especialistas. No podemos dejar de tener en cuenta que los diálogos más elaborados hasta ahora han sido, en gran parte, sobre temas sacramentales: Eucaristía, Ministerio, Sacramentos.

Esta larga descripción al filo de los fascículos de *Phase* podría ser interpretada como un ejercicio de autoestima por parte de los responsables de la publicación. No quiero que lo sea ni pueda parecerlo. Es cierto que el conjunto de los 300 números produce una sensación de gozo, que compensa la impresión, a veces decepcionante, de la aparición bimestral de cada número, pero hay que decir claramente que lo mejor de la revista está en que ha sido la vida misma de la Iglesia la que ha inspirado, año tras año, el temario. Ha sido así conscientemente. Los responsables de la publicación hemos buscado la actualidad para proponerla y reflexionar sobre ella, con rigor y equilibrio, con sentido de Iglesia y espíritu pastoral. No hemos intentado decir simplemente lo «políticamente correcto», pero tampoco hemos convertido la revista en un instrumento de contestación.

Junto a esto, sin embargo, está siempre la pregunta sobre las «retractaciones». ¿No habremos dejado de atender a cuestiones vitales para la vida cristiana? ¿Habremos inducido a interpretaciones incorrectas? ¿No sería interesante volver a tratar (*re-tractare*) algunos temas que pueden haber quedado demasiado condicionados por el momento, y posteriormente han recibido luces nuevas y nuevas perspectivas? La respuesta que se me ocurre es muy simple: ¡Desde luego! Pero también esto demuestra que estamos ante un itinerario pastoral. ¿Qué ha sido la reforma litúrgica sino una enorme *re-tractatio* eclesial? Esta realidad, lejos de inducir al desánimo o a la sospecha, resulta para mí un testimonio elocuente de cómo la Iglesia está viva, cuál es su esencial fuerza pastoral y cuáles las realidades sujetas a cambio o que, con el tiempo, han llegado a ser menos adecuadas (cf. SC 21). Las nuevas generaciones harán sin duda las retractaciones correspondientes.

2. LOS ITINERANTES

Aunque alguien diga que, a veces, una sola persona ya forma una procesión, a causa de su modo solemne de caminar, lo cierto es que una procesión supone unos itinerantes. El «*procedamus in pace*» del primer fascículo del *Boletín de Pastoral Litúrgica* era un plural real:

plural—en número y sensibilidades—de los que habíamos pensado y realizado la revista, y plural también por los destinatarios a quienes queríamos servir con la publicación. Al cabo de cincuenta años, los amigos y conocidos que se han relacionado con *Phase* son ya numerosos. De todos ellos quisiera hacer una memoria, porque han sido ellos los que han conformado el itinerario pastoral de la revista, y han aportado la riqueza de sus personalidades y las iniciativas de temario.

En primer lugar, me refiero a los que, en cada número de *Phase* aparecen en la contraportada: el Director, el Jefe de Redacción, y el Consejo de Dirección. Son nombres que han cambiado relativamente poco desde que empezaron a aparecer. Los directores han sido cuatro: Pere Tena (1961-1987), José Aldazábal (1987-2006), Josep Urdeix (2006-2009), y Jaume Fontbona (desde 2010). Los Jefes de Redacción han sido Joaquim Gomis, desde el principio, con la colaboración de Josep Urdeix, hasta que éste pasó a ser director, en 2006. Con la dirección de Jaume Fontbona, ha empezado a ser Jefe de Redacción José Antonio Goñi. Cada uno de esos nombres merecería un «*elogium*», como si se tratara de un *Martirologio*. En realidad, tanto la función del Director como la del Jefe de Redacción comportan un cierto «martirio», un testimonio de paciencia, sobre todo cuando alguien se retrasa en su colaboración, o las aportaciones previstas no consiguen llegar a tiempo o simplemente no llegan, o el Director no escribe la editorial cuando toca hacerlo (¡*mea culpa!*). Me limito a tres «elogios».

En primer lugar, el de Joaquim Gomis, a quien se debe en buena parte la continuidad en la publicación: Desde las primeras galeras del año 1960, congeladas durante un año por orden superior, Gomis ha sido el que más tiempo ha dedicado a *Phase*. Sus criterios han sido para mí dignos de ser tenidos en cuenta. Es el momento de agradecerle públicamente su colaboración, más bien silenciosa pero tanto más competente y eficaz, y su generosidad en asumir compromisos en los momentos complicados.

El segundo elogio es para el que fue segundo director, y vive «*in Cristo*» y también intensamente en sus escritos y en nuestro recuerdo: el salesiano José Aldazábal. Su colaboración a la revista

empezó desde Alemania, durante su año sabático (1977); desde entonces, sus escritos fueron incesantes, hasta su muerte. Basta consultar en el núm. 300, el nombre Aldazábal, para constatar la amplitud de la temática que le interesaba, el sentido creativo de su visión pastoral fiel al carisma salesiano, la claridad y sugestión de sus propuestas. La revista le debe gran parte de su proyección latinoamericana, cultivada con sus incesantes viajes «en misión litúrgica». Continuamos echándole de menos en nuestras reuniones.

El tercer «elogio» es para Josep Urdeix. También su colaboración viene de lejos, y ha sido importante en la elaboración y publicación de la casi totalidad de los 300 números que celebramos. En el momento de la muerte del P. Aldazábal, Urdeix asumió la dirección de la revista con gran generosidad y aseguró la publicación desde el año 2006 al 2009, con contenidos de calidad, que dan testimonio de su competencia y sentido litúrgico.

El Consejo de Dirección que aparece en cada número de *Phase* no es un órgano decorativo, sino el verdadero «cerebro» de la revista. Desde que quedó formado por el grupo de liturgistas que en aquél momento estaban dispuestos a hacer una aportación de calidad a la pastoral litúrgica, el Consejo de Dirección ha sido siempre un órgano vivo de *Phase*, con entradas y salidas y relevos de generación hasta el momento presente. El Consejo se ha reunido cada año para planificar la revista. Han sido reuniones vivas, creativas, en las que se han manifestado las visiones parcialmente diversas –a veces encontradas– de las cuestiones, pero que se han movido siempre en un ambiente envidiable de amistad y de buen humor.

El Consejo de Dirección ha sido el enriquecimiento de *Phase*, y todos los que hemos participado en sus reuniones las percibimos como un auténtico intercambio de dones. *Phase* se ha enriquecido –y menciono solamente a los que nos han dejado– con la sabiduría y la experiencia espiritual monástica del padre Adalberto Maria Franquesa, de Montserrat; con la admirable formación teológica, patristica y litúrgica de Ignacio Oñatibia de Vitoria; con la elegancia teológica y la discreción del padre Evangelista Vilanova, de Montserrat; con el entusiasmo y precisión del padre Manuel Ramos,

jesuita, de Granada; con las opiniones incisivas y creativas de Casiano Floristán, de Navarra; con la sutileza teológica y espiritual y la información bien nutrida del padre Jesús Castellano, carmelita descalzo, de Roma; con las referencias artísticas del padre Pere Busquets, de Montserrat; con las aportaciones pastorales de Pere Llabrés, de Mallorca, y las de la pastoral del canto de Albert Taulé, de Barcelona; con la presencia siempre activa de Joan Bellavista, de Barcelona, colaborador cualificado desde los primeros números de la revista. Hoy se cumple un año de su traspaso. De todos ellos, junto a otros liturgistas y amigos, *Phase* ha hecho y hace hoy memoria. También en el núm. 300 hay una página dedicada a ellos. «Desde ahora, sí –dice el Espíritu-, que descansen de sus fatigas, porque sus obras los acompañan» (Ap 14, 13).

En el Consejo de Dirección hay y ha habido durante estos cincuenta años muchos otros miembros, que dan y han dado su colaboración, como ha habido igualmente colaboradores asiduos de un tiempo que después, por causas varias, han cesado en sus aportaciones. Creo que es el momento de agradecerles su trabajo, en la medida en que pueda corresponderme hacerlo. El hecho de que no hayan continuado no significa ninguna merma en el recuerdo y en la amistad.

Hay un grupo, finalmente, que hay que tener en cuenta en el momento de la procesión: los suscriptores, y los lectores. Se puede dudar de si forman parte de los itinerantes, o se parecen más bien a los que ven pasar la procesión. Quiero defender la primera opción: ¡los suscriptores y los lectores son también itinerantes! Hemos hecho camino con ellos, y ellos con nosotros. No sólo porque la revista no existiría sin suscriptores, sino porque ha estado siempre pensada –puedo dar fe- en función de ellos y para su servicio pastoral.

Tenemos constancia estadística de los suscriptores que ha tenido y tiene la revista, pero no la podemos tener de los lectores. Bastantes suscripciones, en efecto, van a bibliotecas o comunidades. Precisamente esto ha sido una de las causas de las bajas en la suscripción, a medida que cerraban los seminarios o se reunían varias casas religiosas. A pesar de todo, el número actual de suscripciones

supera la media de las revistas de estas características, nacionales y extranjeras.

En la primera editorial se expresaba el propósito de dialogar con los suscriptores. No estábamos todavía en los tiempos del *Facebook* o del *Twitter*, pero ha existido realmente un diálogo entre todos. El diálogo primero es la suscripción misma, pero también ha habido cartas, comentarios, protestas, felicitaciones, observaciones, denuncias, controversias... Nada es más elocuente de la existencia del diálogo que observar cómo la revista es útil para los estudiantes, cómo es citada en las bibliografías, cómo es realmente una fuente de información para los interesados. El número 300 es precioso, en este sentido.

Con los lectores de la revista hemos experimentado el proceso de las ideas antes y después del Concilio Vaticano II, y superado ya el primer decenio del siglo XXI. Continuamos teniendo como punto de referencia el Concilio Vaticano II, y su Constitución *Sacrosanctum Concilium*, pero enriquecida con muchas aportaciones posteriores, con nuevas generaciones de liturgistas que se suceden con sus características peculiares. La pastoral litúrgica y sacramental está consolidada en la Iglesia, pero tiene que medirse con los cambios de sociedad en su manera de pensar y de vivir, y sobre todo con el desafío radical para la liturgia de la Iglesia que es la pérdida, sobre todo en Occidente, del sentido del misterio.

La realidad de que la celebración litúrgica –la palabra, los sacramentos– solamente será aceptada y participada por la fe explícita, se impone cada día con mayor fuerza. La hipótesis de permanecer en una confusión de religiosidad sociológica –lo que algunos llaman «ser practicante pero no creyente»– se hace improbable y, el fin y al cabo, no deseable. Hay que tomar buena nota de esta realidad, que impone una nueva perspectiva a la pastoral litúrgica. La revista tendrá ocasión de tratar de ella muy pronto, siguiendo el itinerario del próximo Sínodo ordinario de los obispos convocado por Benedicto XVI sobre la nueva evangelización y la iniciación cristiana.

CONCLUSIÓN

No se me ocurre nada mejor, para concluir, que asumir básicamente el último párrafo de la editorial del núm. 300:

Los cincuenta volúmenes de la revista *Phase*, sintetizados en este Índice exhaustivo del fascículo 300, son un hecho eclesial, el testimonio de que todo este itinerario pastoral ha sido vivido, reflexionado, iluminado por los itinerantes que hemos hecho posible, desde el número 1 hasta el 300, que estos volúmenes existieran. De todo ello damos gracias a Dios por Jesucristo en la unidad del Espíritu Santo, y mutuamente nos reconocemos como agraciados por él. La tarea no termina ahora. Como ya se decía en la primera editorial, nuestra revista continuará, si Dios quiere, colaborando desde la doctrina, la pastoral y la espiritualidad, para que las asambleas litúrgicas y, en primer lugar, los ministros de la Iglesia, progresen, bajo el impulso del Espíritu Santo, y en sinergia con él, en la preparación para este encuentro vivificante con el Señor que es la acción litúrgica.

Pere TENA

*Obispo, auxiliar emérito de Barcelona,
fundador de la revista «Phase»*